



*El orden mundial después de Irak:
la deriva americana*

Guillermo Medina

*Periodista, Consultor en planes y estrategias de comunicación empresarial y
analista de política económica.*



Estados Unidos y el Reino Unido comenzaron la invasión de Irak en la madrugada del 20 de marzo con el objetivo declarado de derrocar el régimen de Sadam, llevar la democracia al país y, sobre todo, acabar con la grave amenaza para el mundo que representaban las armas de destrucción masiva (ADM). "No tenemos otras ambiciones", proclamó el presidente George Walker Bush.

Sin embargo, es evidente que la segunda guerra de Irak fue planeada y ejecutada -la intervención en Afganistán tenía una naturaleza jurídica y moral muy diferente- con el objetivo de dar un paso histórico hacia un nuevo orden mundial determinado por una supremacía estadounidense sin factores de contención.

Al desencadenar el ataque a Irak sin el respaldo de la comunidad internacional y sin agotar las posibilidades de un desarme pacífico, EE UU desestabilizó el sistema de relaciones internacionales vigente y desencadenó una dinámica que conduce a nuevos riesgos y amenazas en la región y en las relaciones con el mundo musulmán. Nadie había cuestionado el carácter execrable del régimen iraquí ni la necesidad de asegurar el cumplimiento de la Resolución 1441 de las Naciones Unidas, pero la crisis de Irak sigue poniendo de manifiesto en forma dramática, a la fecha de hoy, los riesgos de una deriva unilateralista del poder estadounidense y las contradicciones entre los motivos esgrimidos para la guerra, la realidad de la inexistente amenaza iraquí y las secuelas de todo tipo del proceder americano a lo largo del conflicto.

La prerrogativa americana

Los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 produjeron un salto cualitativo en la política exterior de la administración Bush. Para entonces ya estaban definidos los principios de supremacía e interés nacional como ejes de las relaciones de Estados Unidos con el mundo, pero aquellos perturbadores acontecimientos permitieron introducir un nuevo y determinante concepto: la seguridad nacional de EE UU debe ser concebida y aplicada global, preventiva y drásticamente. El documento conocido como Estrategia de Seguridad Nacional, aprobado en septiembre de 2002, lo expresó oficialmente así: "No dudará (EEUU) a la hora de actuar en solitario, si fuera necesario, para hacer uso del derecho a defenderse actuando de forma preventiva". De ello depende, según sus ideólogos, la vida de los ciudadanos y la conservación del "superior" modelo americano. El mundo -desde la perspectiva americana post 11-S- se ha convertido en algo terriblemente inseguro, donde organizaciones terroristas y naciones rebeldes odian a EE UU y los valores que representa (un concepto reiterado por Bush) y trabajan para destruirlos. "EE UU ejerce el poder en un mundo hobbesiano en el que todos luchan contra todos y no se puede fiar de reglas internacionales", según escribió Robert Kagan, uno de los principales ideólogos de la nueva teoría de la supremacía americana y autor de "Poder y debilidad. Estados Unidos y Europa en el nuevo orden mundial".

La concreción, el 11-S, de una amenaza exterior genérica, universal e imprevisible, lleva a EE UU a declarar una guerra -la cuarta guerra mundial, en la terminología neoconservadora- en la que no caben neutrales ni reticentes. La seguridad interior y exterior se convierte en el objetivo superior y -eso es lo definitorio- la respuesta tiene que tener tres características: debe ser militar en sentido amplio, debe actuar preventivamente y debe tener alcance universal.

El unilateralismo adquiere entonces una nueva dimensión con la llamada prerrogativa estadounidense: EE UU está en su derecho soberano de atacar a cualquier adversario real o

potencial si cree que con ello protege sus intereses y responde al principio absoluto de garantizar la seguridad nacional. No se trata de una seguridad defensiva, sino ofensiva, y no es reactiva sino proactiva. Para que EE UU se sienta seguro, nadie que pueda ser una amenaza debe sentirse seguro. La aplicación de la doctrina preventiva no se refiere pues a una amenaza concreta e inmediata, sino a toda amenaza potencial. Como escribió Martin Wolf en "Financial Times", "la búsqueda de una seguridad absoluta por Estados Unidos conduce a hacer vivir a los otros en una inseguridad absoluta".

El unilateralismo no nace con la segunda guerra de Irak y ni siquiera el 11 de septiembre de 2001 . Pero éste último acontecimiento fue el detonante de su impulso cualitativo y cuantitativo. La presidencia imperial encuentra en aquél hecho trágico la razón del apoyo patriótico a las propuestas del líder para liberar a los ciudadanos de la amenaza terrorista universal. En el contexto del profundo sentimiento de rabia, frustración y conciencia de vulnerabilidad que genera en la nación americana el 11-S, la concepción imperial de la presidencia encuentra la justificación de su panoplia doctrinal: el derecho superior a la auto-defensa, la eliminación preventiva del enemigo, la acusación de "antiamericanismo" contea los objetores de dentro y de fuera... Todo ello ampara una nueva visión del mundo que no trata de convencer de lo que nadie discute, la amenaza terrorista, sino de rechazar por antipatriótico cualquier intento de basar la lucha contra la misma en instrumentos distintos a la fuerza militar.

Supremacía y seguridad preventiva

La política exterior unilateralista se articula a partir de un principio, el interés nacional, y de un objetivo: la búsqueda de la seguridad nacional en forma constante, sistemática y por todos los medios al alcance del poder. La consejera presidencial de seguridad, Condoleezza Rice, lo enunció así en el año 2002: "El poder de EE UU se proyectará desde el suelo firme del interés nacional y no en función de la ilusoria comunidad internacional". No puede acusarse a la profesora Rice de inconsecuencia ni improvisación: en un artículo publicado en "Foreigns Affaires"

en el año 2.000 anticipó de forma clara la visión del interés nacional como el referente superior de la política exterior de EE UU bajo el entonces futuro Gobierno republicano y le asignó las siguientes tareas:

- 1.- Garantizar que las fuerzas armadas estadounidenses puedan disuadir de la guerra, proyectar su poderío y defender sus intereses en caso de que esa disuasión fracase.
- 2.- Promover el crecimiento económico y la apertura política ampliando el libre comercio y un sistema monetario internacional estable para todos los comprometidos [con los principios establecidos por EE UU con valor universal].
- 3.- Renovar vínculos fuertes y estrechos con los aliados que comparten los valores estadounidenses y pueden, por ello, compartir la carga de la promoción de la paz, la prosperidad y la libertad.
- 4.- Centrar las energías de Estados Unidos en vincularse íntimamente con las grandes potencias, en especial Rusia y China, [como todos sabemos dos modelos de democracia] que pueden y podrán moldear las características del sistema político internacional , y
- 5.- Confrontar con decisión la amenaza de regímenes deshonrados y potencias hostiles que, cada vez más, cobran la forma de la posibilidad del terrorismo y el desarrollo de armas de destrucción masiva".

Tales enunciados, recordemos, están escritos con anterioridad al 11 S. Después, su traslación a la práctica se manifiesta en el ejercicio del poder conforme a tres principios.

En primer lugar, la búsqueda del interés nacional americano se plantea sin condicionamientos ni limitaciones derivados de intereses de otra naturaleza, como puedan ser los intereses humanitarios (relativizados por el realismo político ante Rusia, China, Pakistán, etc) o los de la comunidad internacional cuando entran en incoherencia con el pretendido bien nacional

(Protocolo de Kyoto, medidas proteccionistas...). La profesora Rice consideraba ya en el año 2.000 anticuada e improcedente "la convicción (que reprochaba al Gobierno Clinton) de que Estados Unidos ejerce legítimamente el poder sólo (...) cuando lo hace en nombre de alguien o algo más". (...) "Por supuesto que no hay nada de malo en hacer algo que beneficie a toda la humanidad, pero en cierto sentido ese es un efecto de segundo orden". (...) Por lo tanto, los acuerdos con instituciones multilaterales no deben ser fines en sí mismos". (...) "El apego del Gobierno de Clinton a acuerdos -en gran medida simbólicos- y su búsqueda de "normas" de comportamiento internacional, a lo sumo ilusorias, ha alcanzado proporciones excesivas. Eso no es liderazgo"

El segundo vector es el empleo de todas las fuentes de poder para obtener los objetivos de la política exterior de EE UU. Aquí, Condoleezza Rice no duda en mencionar como instrumentos decisivos a "las políticas económicas internacionales que contribuyen a las ventajas de la economía estadounidense y amplían el libre comercio". "Nos permiten extender la mano a países tan diferentes como Sudáfrica y la India y atraer a nuestros vecinos del hemisferio occidental a un interés económico compartido en cuanto a prosperidad económica".

Un tercer aspecto es el alineamiento. Lo expuso Bush tras el 11-S en estos términos: "O se está con nosotros o con los terroristas". La opción a esa alternativa no presenta duda, pero de ella deduce EE UU la inadmisibile exigencia imperativa de que todas las naciones y Gobiernos se sumen sin reservas a las políticas concretas de EE UU

Las políticas exterior y de defensa del pensamiento neoconservador y nacionalista americano necesitan, para desarrollar todas sus potencialidades y amparar su carácter total, definir los conceptos de adversario y de amenaza con ambigüedad calculada. Se remiten a peligros potenciales en virtud de los cuales es posible presentar cualquier gasto militar o cualquier actuación como necesaria para conjurarlos. Demos la palabra al secretario de Defensa, Donald Rumsfeld: "El desafío para este nuevo siglo es muy difícil: defender nuestra nación contra lo

desconocido, lo incierto, lo que no se ve, lo inesperado. Puede parecer una tarea imposible, pero no lo es. Para lograrlo, debemos deshacernos de nuestras cómodas formas de pensar y planear (aceptar riesgos y probar cosas nuevas) a fin de disuadir y vencer a los enemigos que aún no se han presentado a desafiarnos". Se trata pues de combatir amenazas genéricas y futuribles.

La visión del siglo XXI como el del imperio americano sintetiza los presupuestos y objetivos del pensamiento neoconservador, para el cual el plan imperial no es sólo posible, sino necesario. Lo contrario conduciría al desmoronamiento de EE UU como potencia y su división y decadencia como nación. Para los neocon las nuevas amenazas "obligan" a dominar el mundo y ejercer de gendarme, un objetivo permanente que hoy creen posible, por primera vez en la historia, gracias a la aplastante superioridad militar y tecnológica de EE UU después de la guerra fría.

Se trata pues de una visión colonial global, con un modelo de globalización económica coherente con la hegemonía y con la mundialización de los valores y las pautas culturales estadounidenses. Ello representa una tarea gigantesca que se prolongará en el tiempo, quizá indefinidamente. No importa, porque una meta alcanzable, pero sin plazo, como las amenazas supuestas o reales, es lo que conviene a los intereses movilizadores del "conservadurismo patriótico", como también se ha llamado al fenómeno neocon.

Raíces ideológicas y religiosas

La doctrina Bush tiene sus raíces filosóficas en la identificación argumental y teleológica entre idealismo, ambición imperial e intereses nacionales. A lo largo de su historia, Estados Unidos ha mostrado en sus relaciones con el mundo lo mejor y lo peor de sí mismo, las "dos almas" tantas veces mencionadas por los historiadores.

Pero los diferentes elementos de su personalidad nacional se han compensado entre sí, impidiendo el predominio permanente de unos sobre otros. Ese equilibrio ha comenzado a romperse porque algunos de sus componentes históricos, precisamente los menos edificantes, de la tradición americana se están imponiendo sobre los impulsos más generosos e idealistas, y además no para hacerlos desaparecer, sino para mantenerlos vivos y utilizarlos sutilmente en favor de la nueva visión maniquea, imperial y unilateralista del mundo.

EE UU nació de una rebelión contra un imperio (Jorge III) y con la ambición de ser un referente ideal de democracia, libertad e independencia para las naciones del mundo. Alexis de Tocqueville se declaró sorprendido por la convicción que percibía en los americanos de ser "el único pueblo religioso, ilustrado y libre". Ello determina el impulso idealista y humanista presente en el espíritu de la nación americana. Pero en los orígenes, y en el desarrollo posterior como nación, también están el mesianismo, el sentimiento de superioridad y la ambición de ser más fuerte que los demás, de dominar. Son rasgos reconocibles en la identificación de origen de la propia nación con la virtud. O en la convicción de estar bajo la protección divina, presente en la invocación "Dios bendiga América". La visión originaria de las sectas protestantes que crearon América son perfectamente perceptibles en el maniqueísmo que impregna la actual política exterior estadounidense.

Dios es americano

La referencia a Dios está presente constantemente en la vida americana, y los presidentes de EE UU nunca han dejado de usarla como un mecanismo de aproximación a la opinión pública. Pero ahora ha pasado a ser el soporte de una concepción providencialista del papel de Estados Unidos en el mundo.

Bush usó una vez la palabra "cruzada", inmediatamente después del 11S, para señalar el carácter de la lucha contra el terrorismo islamista, pero rectificó a continuación. Sin embargo, el espíritu de sus actuaciones ante el mundo musulmán y el pro-

blema del Cercano Oriente está influenciado por la doctrina del "choque de las civilizaciones", del conflicto cultural y religioso que Samuel Huntington expuso en su escrito de 1993 como característico de los comienzos del siglo XXI. Esta idea es compartida en EE UU incluso por sectores moderados, pero sobre ella actúan los sectores que se inspiran en una lectura literal de la Biblia.

No hay que confundir, sin embargo, la religiosidad de Bush con el fundamentalismo de los intérpretes literales de la Biblia, profundamente convencidos de la segunda venida de Jesucristo a la tierra, la conversión de los judíos y el Apocalipsis. Para éstos, todo lo que sucede, incluida la destrucción de las Torres Gemelas, tiene una explicación bíblica, sin que falten quienes consideran al catolicismo como una

creación satánica. Por el contrario, Bush es un cristiano renacido, pero no un fundamentalista excluyente. Ha cultivado el voto de todas las religiones y ha dado muestras de tolerancia religiosa. Su visión de la guerra de Irak como una causa justa no se plantea como una guerra religiosa, sino que, por el contrario, ha defendido la visión moderada intrínseca del Islam, ha visitado mezquitas e invitado a la Casa Blanca a los dirigentes religiosos musulmanes con motivo del Ramadán.

Pero Bush se encuentra rodeado de personalidades profundamente apegadas en sus actitudes públicas a concepciones religiosas intolerantes. Mencionaré sólo a los predicadores Jerry Falwell y Pat Robertson, éste último fundador de la Coalición Cristiana. Ambos, muy activos, sobre todo Robertson, en las campañas electorales a favor de Bush, hicieron una sonada interpretación apocalíptica de los sucesos del 11-S: "Dios ha permitido que los enemigos de América nos den lo que seguramente merecemos", dijo Falwell, mientras Robertson no dudó en hablar de un castigo de Dios por culpa de abortistas, gays, lesbianas y paganos.

La superioridad ideológica

El trasfondo histórico y religioso sirve de basamento, junto a la constatación del propio poderío, para la definición de otro concepto capital de la doctrina imperial: la superioridad del sistema de valores políticos y culturales americano, la superioridad ideológica. La universalización o globalización de los llamados "valores americanos" sería, desde esa perspectiva, una consecuencia de la "virtud de origen", unida al éxito económico y tecnológico y a la constatación de su triunfo en la guerra fría.

Consiguientemente, para ésta visión ideológica, la historia llegó a su fin cuando una sola nación ha logrado acumular la superioridad ética y la supremacía material y además está decidida a ejercerlas como un derecho natural derivado de la historia y de la realidad. Se trata de la ideología superviviente, y por tanto de la única legitimada.

Virtud y éxito, tanto en la vida de los hombres como en la de las naciones, son vistos como causa y efecto y justifican filosóficamente la existencia de ganadores y perdedores, por decirlo en términos americanos. Los primeros responden al patrón de heroicidad y virtud, mientras que los segundos son los únicos responsables de su decadencia. La doctrina está presente en la visión de Kagan de EE UU como un heroico y batallador Marte frente a la molición de una decadente Europa-Venus.

América sería un ejemplo de valor universal. Al pretender configurar el futuro Irak según pautas del modelo americano, o al querer "americanizar" el mundo musulmán, muchos dirigentes americanos creen ejercitar el Bien. La idea no es nueva, porque el americanismo-virtud prestó aliento espiritual a la expansión de EE UU a costa de los nativos, de los mexicanos, de los españoles.

El historiador Eric Foner, autor de "The Story of American Freedom" ha escrito: "La convicción de que la libertad americana tiene un valor universal no proviene de la administración Bush. La idea de que Estados Unidos tiene por misión probar la superioridad de las instituciones del mundo libre y de aportar la

libertad al mundo está profundamente enraizada en nuestra cultura".

Esa línea de razonamiento quedó aparentemente reforzada por los atentados del 11-S : el terrorismo islámico pretende destruir los

EE UU, ergo es una amenaza para el conjunto de Occidente, para la libertad y la democracia. Por consiguiente la paz y la seguridad requieren la universalización, frente al fanatismo fundamentalista, de los valores encarnados en el modelo estadounidense, el que sobrevive al "fin de la historia"; el triunfo americano sobre el comunismo implica el de la ideología vencedora - la libre empresa, el libre comercio, el capitalismo ... - como doctrina del mundo mundializado. Del poderío y de la pretendida legitimidad surge un nuevo destino manifiesto de carácter unívoco e irresistible tanto en los objetivos como en los métodos.

La arrogancia del planteamiento consiste en proclamar la vigencia universal del propio modelo, que es resultado de una experiencia histórica acumulada. Querer trasplantarlo, más allá de los principios reconocidos universalmente, a otros pueblos, tradiciones y circunstancias es de una naturaleza profundamente antidemocrática.

La universalización de los valores americanos es la cara ideológica y cultural de la globalización económica entendida desde la perspectiva de los intereses estadounidenses. El modelo de progreso material estadounidense requiere la globalización, pero una determinada estructura de globalización, por lo que ésta debe ser dirigida, dominada y conformada según los propios intereses.

La idea de libertad ha ido cambiando de naturaleza y de contenidos. Al día de hoy, el ejercicio sin límites (salvo las excepciones derivadas de los intereses comerciales, geoestratégicos, etc del poder central) de la libertad en los terrenos económico, comercial y financiero es consecuente con el ejercicio de la supremacía americana. El documento sobre "Estrategia Nacional de Seguridad de los Estados Unidos", publicado en

septiembre de 2002, así lo establece al afirmar que el principio de libre empresa a escala mundial es intemporal y universal y es coherente con el interés de EE UU.

El Bien, el Mal y el miedo

Tenemos ya, pues, trasfondo histórico y religioso, impulso ideológico y mundialización de los valores americanos. El escalón siguiente es identificar un enemigo suficientemente real, perverso, amenazador y -elemento esencial- universal y permanente, como para justificar unas políticas determinadas.

Un enemigo que suscite la unanimidad patriótica, explique el aumento continuado del gasto militar y pueda ser perseguido por todo el planeta con pretendida legitimidad defensiva y con un liderazgo imperativo.

Aquí entra en escena la idea del Mal como elemento fundamental de la nueva mitología. Un mal con nombres concretos - Irak, Irán, Corea del Norte- pero cuyos contornos son moldeables según las circunstancias para incluir o asociar al mismo cualquier forma de resistencia a los designios del Bien.

Bien y Mal, determinantes del nosotros y el ellos, forman parte de la misma ecuación. El bien se justifica y existe como contraposición ontológica al mal. La pervivencia del mal, y desde luego sus manifestaciones a través de actos terroristas, fortalecen el Bien. Las amenazas y los actos terroristas legitiman pues la política imperial, lo que explica que sea la propia Administración republicana la que de tanto en tanto ofrezca a los ciudadanos americanos su ración de sobrecogimiento, de miedo verosímil.

Las guerras de Afganistan y de Irak y las que sobrevengan se han hecho o se harán en nombre del objetivo de conseguir un mundo más seguro.

No se ha conseguido, pero el argumento seguirá sirviendo para justificar futuras misiones de "securización". Ahora mismo, en Irak, la conceptualización del conflicto como "un campo de

batalla contra el terrorismo mundial" justifica la continuidad indefinida de la ocupación militar y la demanda imperativa de internacionalización bajo mando americano.

El 11 S y la aparición del enemigo global permanente. El terrorismo

La política neoimperial no habría alcanzado su plenitud sin el concurso de una serie de circunstancias coadyuvantes, gracias a las cuales la "doctrina Bush" ha podido desarrollar plenamente sus potencialidades. La primera en importancia fueron los atentados terroristas del 11 de septiembre.

El poder global ejercido con toda su fuerza necesita una amenaza global terrible. Desde el 11 S el Mal tiene nombre propio y representación gráfica. Si el icono del Mal estuvo compartido por Hitler y Stalin en el siglo XX, el nuevo siglo nació con el suyo propio: Osama Bin Laden. Las imágenes de Auschwitz tienen ya su equivalente contemporáneo en las de las Torres Gemelas derrumbándose con tres mil personas dentro.

Solemos afirmar con rotundidad que el 11S cambió el mundo. En realidad sólo fue el detonante, y el cambio decisivo ya se había producido con la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS y con la llegada al poder en Washington, en enero de 2001, de una visión neoimperial y hegemónica del nuevo orden mundial. El terrorismo no apareció el 11-S, ni siquiera en su versión antiamericana, como tampoco irrumpió ese día en la historia el villano personificado por el saudita. Ese enemigo ya había

hecho aparición antes del 11S -atentados contra las embajadas de EE UU en Tanzania y Kenya, ataque contra USS-Cole, etc- y Osama Bin Laden ya había sido declarado enemigo público número uno. Sin embargo, el dato cualitativo que alteró cualquier valoración era la concreción de la amenaza en territorio estadounidense y de una forma clamorosa y dramática que no tenía precedentes. Ese fue el nuevo factor que sirvió para definir el nuevo tipo de enemigo y la consiguiente declara-

ción de un nuevo concepto de guerra, universal, preventiva y permanente. Irak es su primer episodio. Lo más probable es que la caída de Saddam Hussein se habría producido de una forma u otra por impulso estadounidense, pero el 11-S proporcionó la excusa para una aceleración de los tiempos políticos y para una simplificación de los modos.

El historiador británico Eric Hobsbawm ha escrito: No creo que el hecho en sí de haber atacado las Torres Gemelas haya cambiado la situación del mundo. Es un ejemplo de un ataque terrorista, pero no es diferente, en esencia, de otros actos terroristas que han ocurrido tanto en Inglaterra como en España. Lo que ha cambiado es la política. Un sector importante reconoció que era el momento de proclamar la supremacía política de EE UU y la guerra de Irak es una prueba. Irak no tenía nada que ver con el ataque a las Torres Gemelas"

La ocasión fue aprovechada por los neoconservadores para destapar la caja de Pandora y desarrollar todas las potencialidades de su plan para el Siglo americano. "Estamos en guerra contra el enemigo invisible", fue el mensaje político de Bush desde su primera aparición pública tras el 11 S. La guerra contra el terrorismo no terminará con el fin de Al Qaeda, advirtió el presidente. Desde entonces, esos conceptos son reiterados machaconamente para justificar todas las actuaciones de la Administración de Washington.

El 20 de Septiembre, ante el Congreso, Bush solemnizó: "A partir de este día, toda nación que siga albergando o ayudando al terrorismo será considerada por los Estados Unidos como un régimen hostil". En ese mismo momento quedó formulado uno de los principios esenciales de la doctrina Bush: "Se está con nosotros o con los terroristas". Por primera vez fue empleada la expresión "Eje del Mal" y definidos sus tres integrantes en ese momento. Y en la misma ocasión la doctrina de la guerra preventiva encontró formulación expresa y oficial: "Los Estados Unidos no permitirán que los regímenes más peligrosos del mundo [les] amenacen con las armas más destructivas".

El 11S modificó, exacerbándola, la visión que los americanos tienen el mundo. Marcó el inicio de lo que alguien ha llamado "hiperterrorismo", es decir el terrorismo contra la hiperpotencia. Ese fue el contexto en el que, el 14 de septiembre de 2001, la Cámara de Representantes y el Senado autorizaron a Bush a "usar toda la fuerza necesaria y apropiada contra las naciones, organizaciones o personas que [según el presidente] han planificado, autorizado o ayudado a cometer" los atentados.

El sentimiento de la propia vulnerabilidad y el miedo ayudaron a los neocon a definir la naturaleza de la respuesta: frente a la amenaza terrorista, el ejercicio del poder es un acto de responsabilidad que se legitima por sí mismo, como una autodefensa que los gobernantes tienen la obligación de extender a cualquier parte del mundo, pues la amenaza es universal, y ejercer la fuerza preventivamente

La política exterior propuesta por Bush durante la campaña y aplicada hasta el 11-S consistía en una especie de unilateralismo aislacionista. La ruptura con los acuerdos de Kyoto, la reanudación del escudo antimisiles, la oposición a la Corte Penal Internacional fueron algunas de sus muestras más significativas. Pero los atentados terroristas ofrecieron a los ultraconservadores la ocasión para promover los planes de unilateralismo expansionista largamente alentados. Y Bush decidió apoyar un cambio que le permitía asumir el papel de liderazgo nacional del que carecía hasta entonces y superar su debilidad electoral inicial.

El miedo legítimo y real al terrorismo tenía su clave interna: justificaba la preservación de la unidad patriótica en torno a una política antiterrorista coherente con los métodos y objetivos de la política neoconservadora. El 29 de enero de 2002, en pleno trauma post 11-S, Bush pronunció ante un Congreso entregado el discurso más patriótico, encendido e idealistamente belicoso. Un columnista describió así la escena: "en parte fue un espectáculo aterrador de histeria colectiva con participación de parlamentarios, miembros del Gobierno y militares de alto rango. Aplaudían de pie una frase de cada dos del presidente y con particular entusiasmo su descripción del "eje del mal" (...) Los

tres países del "mal" preparan, según Bush, armas de exterminación masiva, nucleares, químicas y biológicas, pero, precisó alzando de nuevo la voz, "no voy a esperar a que el peligro se concrete". La retórica patrioter, al servicio del unanimismo, aseguraba entonces el consenso interno necesario para la política imperial.

Naturalmente, la política determinada por el proceso doctrinal neoconservador y el impacto del 11 S requerían que estuviesen a los mandos los hombres adecuados. El requisito se cumple plenamente. La democracia americana está dirigida actualmente por sectores para los que el objetivo -la búsqueda y conservación del poder mundial-, envuelto en retórica "misionera", presupone la limitación de la soberanía de las demás naciones en todo lo que concierne a los intereses del poder central o imperial. Esos sectores no son nuevos ni carecen de arraigo histórico, pero la conjunción de varias circunstancias les ha permitido llegar al poder y ejercerlo sin complejo ni tapujo al servicio de un mítico "nuevo siglo americano".

George W Bush no hacia presagiar durante la campaña electoral de 2000 un giro drástico con respecto a la política exterior de Clinton. Ciertamente, su estilo era más directo y criticó la reducción de los gastos militares realizada por su predecesor. Pero las visiones básicas no diferían sustancialmente, al menos en el debate político público. Bush aparecía como un absoluto desconocedor del mundo exterior, declaró que su prioridad sería América Latina y parecía centrar la respuesta a los problemas de seguridad en la santuarización del propio territorio mediante un costoso escudo antimisiles.

Esta visión política saltó echa pedazos el 11-S. El tipo de amenaza, de daño real en este caso, que se produjo aquél día llevó de inmediato a la conclusión de que la búsqueda de la seguridad obligaba a EE UU a enviar fuerzas armadas a destruir a los enemigos en cualquier parte del mundo donde se encontrasen.

Después del 11-S, la tendencia Cheney-Rumsfeld asume el liderazgo de las corrientes en torno a Bush e impone una "realpolitik" intervencionista. El conservadurismo moderado y prag-

mático tradicional del partido republicano se halla desde entonces ensombrecido por un grupo de ideólogos neoconservadores fuertemente cohesionados, resueltos y seguros de sus convicciones. En realidad hay significativas diferencias entre las visiones del mundo y los valores de los conservadores tradicionales y los neoconservadores. Los primeros son más bien aislacionistas y están apegados a viejos conceptos como la tradición, la prosperidad a través del trabajo, la ética personal y la moral social; en economía sostienen el equilibrio presupuestario. Algunos de esos valores son manifiestamente contradictorios con las propuestas y actitudes de los neoconservadores, propulsores del intervencionismo exterior, del rápido enriquecimiento y el déficit fiscal.

La oportunidad histórica

La política de seguridad exterior americana después de la caída de la URSS y del hundimiento del comunismo partía de la base de que el triunfo del modelo occidental ponía fin a cualquier amenaza o posibilidad de alternativa, ya fuese en el terreno ideológico como en el político, el económico o el militar. Era el fin de la historia, en la famosa expresión del profesor de filosofía Francis Fukuyama. Asimismo, la superioridad americana (gracias a la cual EE UU había ganado la llamada "tercera guerra mundial") implicaba el hecho "natural" de la supremacía de EE UU y de un nuevo liderazgo al frente de los aliados. Esta visión venía avalada por el extraordinario crecimiento de la economía estadounidense durante los años noventa y su capacidad de liderar Occidente también en ese terreno. El "Consenso de Washington", definido a comienzos de la década pasada como referente para América Latina, pero de valor mundial, planteaba como dogma de fe el progreso de los pueblos gracias a la aplicación combinada de democracia política, libertades individuales, liberalismo económico y privatizaciones.

En ese contexto, durante la era Clinton, la sociedad y el establishment americano se mostraron dispuestos a asumir, aunque con cautelas, una mayor responsabilidad, en los asuntos mundiales. La administración demócrata asumió un papel activo en

la solución del conflicto palestino-israelí e intervino en determinadas crisis, pero siempre puntualmente y sin arrostrar riesgos y costos considerables. Lo que llevó a intervenir en Somalia (9 de diciembre de 1992) y a salir después del aniquilamiento de una unidad de marines. Los golpes aéreos contra la Yugoslavia de Milosevic y los ataques aéreos sobre Irak se mantuvieron en la misma línea de gendarmería poco onerosa y flexible. Y todo ello en línea con la aspiración habitual del pueblo americano a evitar aventuras exteriores no suficientemente justificadas.

Mientras tanto se estaba desarrollando dentro de EE UU el proceso de construcción de una doctrina exterior alternativa. La idea de Imperio ya estaba presente en ciertos círculos prácticamente desde la caída de la URSS, hasta el punto de que fue este hecho cataclísmico del viejo orden el que impulsó la decantación del pensamiento neocon a partir del principio de que había llegado el momento de establecer la supremacía dominadora -económica y militar- de EE UU.

Los neocon, muy dados al análisis de la historia, sostenían que EE UU no debía renunciar a ejercer plenamente la hegemonía, como hizo después de la Segunda Guerra Mundial, cuando después de ser el verdadero vencedor en Asia y Europa, su poderío alcanzó un nuevo estadio. La elite dirigente americana se enfrentó entonces al dilema de aprovechar la "ventana de oportunidad" que representó el monopolio del arma nuclear y la manifiesta capacidad de usarla. Algunos (con el apoyo de Churchill) quisieron entonces acabar con el poder soviético y con el maoísmo recién instaurado, pero la sociedad americana salida de la lucha contra el nazismo no tenía aún la percepción de una amenaza comunista, la URSS había sido un aliado, existía una demanda universal de paz y reconstrucción y hasta Churchill fue desplazado del poder. No se dieron las condiciones para una tercera guerra mundial y el ascenso de EE UU a primera potencia mundial no fue seguido de hegemonía sino de bipolaridad y guerra fría, sobre todo después de que en 1957 se supo que la URSS tenía misiles balísticos intercontinentales. En ese periodo histórico EE UU ejerció lo que algunos historiadores han llamado el "imperio blando", con la complacencia de

una Europa y un Japón confortablemente instalados en la aceptación de su dependencia y una China ensimismada en su propia construcción nacional .

Después de la guerra fría, EE UU vivió un deslizamiento suave y con manifestaciones contradictorias, como en la primera guerra de Irak, hacia el actual imperio puro y duro. Actitudes favorables al multilateralismo se alternaron con impulsos unilateralistas, de los que no carecieron desde luego Reagan y Bush padre, pero tampoco Carter y Clinton, éste último al negarse a firmar determinados acuerdos internacionales que limitaban la libertad de acción de EE UU.

Ya en 1992, al año de desaparecer la URSS, el Departamento de Defensa redactó y filtró un documento que proponía claramente el establecimiento de la paz y la seguridad mundial a través del ejercicio sin límite del poder militar y económico de EE UU. El autor fue Paul Wolfowitz, por entonces planificador de la política de Defensa (subsecretario) en el Pentágono, dirigido a la sazón por el actual vicepresidente, Richard Cheney. Se trataba del bien conocido "Proyecto para un Nuevo Siglo Americano", que Bush padre se negó a asumir y desautorizó y que quedó a la espera de una mejor oportunidad histórica, precisamente la que le proporcionaría el 11-S.

El proyecto neocon fue puesto en sordina por la administración de Bill Clinton (1992-2000), lo que le valió el odio declarado de la derecha americana, y el sueño de dominación mundial parecía destinado al olvido por la debilidad de la nueva administración republicana, frágil en su origen y carente de liderazgo. Pero el 11-S, como ya se ha dicho, cambió radicalmente el contexto y el proyecto neocon se convirtió súbitamente en el del gobierno Bush.

Tenemos ya los presupuestos históricos, religiosos y doctrinales de la llamada "doctrina Bush". También la asociación e identificación entre los conceptos globalización, valores americanos e imperio. Tenemos igualmente el eje del mal y los políticos e ideólogos idóneos. Nos queda sólo la herramienta, el brazo armado.

Las nuevas circunstancias y el abrumador poderío militar han dado un vuelco a la política exterior americana porque las percepciones sobre el propio poder y sobre la amenaza son radicalmente distintas al periodo de la guerra fría. Durante años, desde que el último soldado americano abandonó Saigón en abril de 1975, la guerra de Vietnam sirvió a EE UU para conocer los límites del poder militar y servir de contención al empleo exterior de la fuerza.

El presidente Lyndon B. Johnson consiguió, gracias a la resolución que siguió al incidente del golfo de Tonkín, luz verde para la escalada vietnamita. Para evitar que la experiencia volviera a repetirse, en 1973 el Congreso votó la ley de Poderes de Guerra, que impedía al presidente mantener tropas en combate durante más de 90 días fuera del país sin autorización del legislativo. En los años de Reagan, el secretario de Defensa, el duro Caspar Weinberger, definió la doctrina de que EE UU no volvería a hacer la guerra si no contaba con el respaldo de la opinión pública y del Congreso y tenía la seguridad de ganarla. Era una idea realista e inteligente, aunque no se trataba de pacifismo, sino de evitar que un conflicto exterior volviera a dividir a la nación. Pero esa función ha quedado superada desde que el Gobierno de EE UU cuenta con el apoyo del Congreso y de la opinión pública para llevar a cabo una sucesión de guerras que cree seguro que ganará. El Congreso avala dócilmente esa política y el retorno a la

presidencia imperial gracias a los poderes otorgados a la Casa Blanca para actuar preventivamente contra las amenazas terroristas.

Debilidades

Voy a referirme ahora a algunas interrogantes suscitadas por el ejercicio de la doctrina Bush, a cuya gestación y contenido me he referido hasta ahora.

¿Puede sostenerse indefinidamente la incertidumbre de una guerra sin fin contra un enemigo de rostro difuso sin llegar a

provocar un sentimiento de frustración e impotencia?. ¿Puede sostenerse el impulso y la unidad de la nación sobre la permanente exacerbación del patriotismo?.

¿Puede parangonarse el conflicto con el comunismo soviético, un adversario con rostro ideológico y militar, sostenido legítimamente en nombre de la libertad y la democracia, con la guerra sin fin de la doctrina Bush?.

¿Qué seguridad podemos tener de que el terrorismo y el odio serán vencidos por el solo uso de la tecnología militar?.

¿No se han situado a sí mismos los Estados Unidos en un terreno de batalla a la larga disgregador, disolvente y desmoralizador?.

Los vaticinios sobre la inevitabilidad del imperio mundial de EE UU y su irresistible ascensión a la categoría de único poder mundial pueden y deben ser cuestionados desde la realidad y desde el análisis racional. La historia reciente, sin ir más lejos, está plagada de predicciones ilusorias que fueron consideradas como dogmas de fe -la espiral inacabable de la "economía digital", el fin de los ciclos económicos y de la historia, la liquidación del Estado-Nación a manos de la globalización...-, pero cuyo fracaso estrepitoso solemos olvidar con la llegada de nuevos mitos. Ahora estamos inmersos en la mitología de la hegemónica supremacía americana y cualquiera que se atreva a discutirla será considerado no sólo como antiamericano, sino como estúpido e ingenuo antiamericano.

Paradójicamente, la actual política exterior estadounidense es el resultado de la relación simbiótica entre dos sentimientos contradictorios. De un lado, el miedo y la conciencia de la vulnerabilidad ante las nuevas amenazas. De otro, en cambio, se prescinde de las fragilidades del mito tecnológico y del propio sistema económico y se sobrestima la propia fuerza, lo que conduce al error de actuar solos en el mundo y a la creencia de que nada es imposible para el nuevo poderío militar. Ambos conceptos -temor y fuerza- están presentes continuamente en las decisiones de los líderes americanos.

Los neocon están poseídos de un irrefrenable optimismo histórico, prácticamente padecen una paranoia. Están convencidos, en coherencia con una actitud muy propia de la mentalidad americana, de que los Estados Unidos son tan poderosos que pueden hacer frente a cualquier desafío o meta. Han asumido hasta el paroxismo el estereotipo de americano triunfador y seguro de sí mismo, tan optimista que considera fuera de lugar cualquier duda o debate. No se les ocurre pensar que ejercer de gendarmes universales e imponer a los demás sus intereses y su modelo cultural y económico sea una tarea que pueda encontrar resistencias y suponer costos insoportables.

Se trata, sin embargo, de una sobrevaloración de la propia fuerza que induce a errores seguidos de fracasos. Estados Unidos no está en condiciones de imponer al resto del mundo la visión unilateralista y dominadora de la doctrina Bush. Pese al alarde de su poderío militar, carece del liderazgo ético, de la credibilidad política, de los recursos y de la autosuficiencia material para desarrollar el proyecto imperial sin provocar fuertes resistencias. George Soros escribió en marzo en Financial Times un artículo sobre "el exagerado sentido de la superioridad de Bush". No es que el famoso financiero esté contra los objetivos de extender la libertad por el mundo y establecer la paz americana, sino que cree que la zafiedad de los métodos de la administración Bush y su empecinamiento unilateralista producirán toda clase de reacciones contrarias.

Concepciones y valoraciones morales axiomáticas conducen a simplificaciones políticas de ejecución inmediata pretendidamente fundadas en el interés nacional. No hay ocultación alguna porque el mensaje es la fuerza: tenemos el poder, Dios y el bien están con nosotros y haremos lo necesario, sin necesitar permiso de nadie, para acabar con los enemigos de América. En la doctrina de "América está a los mandos" no hay espacio alguno para el debate o la duda, que serían por consiguiente tan innecesarias como estériles y antipatrióticas. Pero esto, que tiene una enorme fuerza inmediata, es también una causa profunda de fracaso.

Los imperios tienen su propio ciclo vital y se encaminan ineluctablemente, impelidos por su propio poder, hacia la búsqueda de sus propias limitaciones, que una vez manifestadas generan la propia implosión. Los primeros signos de contradicción del imperio americano, en su versión bushniana, comienzan a aparecer precisamente ahora, tras lo que pretendía ser -Irak- una manifestación de poderío sin límites.

Dos años después del 11 S, ¿se sienten más seguros los ciudadanos estadounidenses?. Osama Bin Laden y Sadam siguen sin ser capturados. La Hoja de Ruta para poner fin al conflicto palestino-israelí es papel mojado. EE UU es más temido, pero más recelado, que nunca. La política de la administración Bush ha debilitado el enorme caudal de simpatía y solidaridad con EE UU que siguió a los atentados del 11-S. La Casa Blanca ha producido sumisión, pero sobre todo rencor, miedo y distanciamiento. El único aliado importante con que cuenta Bush, Tony Blair, está en la mayor crisis desde que accedió al poder. El costo de las guerras unilaterales y las incertidumbres que generen, lastran la recuperación de la economía americana. El pueblo americano comienza a percibir que la estrategia de Bush le ha conducido con engaños al avispero de Irak. Por primera vez, las perspectivas electorales del presidente son dudosas. Y ya no caben dudas de que las tropas americanas seguirán empanatadas en las pobladas llanuras de Mesopotamia cuando lleguen las elecciones de noviembre de 2004. Todo ello es sólo el comienzo de un crítico debate nacional sobre una política aventurada.

Ciertamente, la persistencia del terrorismo y la aparición de nuevas amenazas sirven para alimentar el miedo, como sabemos ingrediente sustancial de la doctrina Bush. ¿Pero a dónde conduce ese proceso?. Una cultura política que se asienta sobre el miedo y el dolor es una cultura enferma.

La expresión actual del Imperio americano entrará en crisis, si no cambia la política vigente, no por las amenazas externas, sino por los excesos y los errores propios. En la doctrina Bush y en su modus operandi hay una lógica interna, pero no hay racionalidad. Nace lastrada por la incapacidad filosófica y polí-

tica para comprender la complejidad de los desafíos de nuestro tiempo, como el terrorismo, y de tragedias como la del Cercano Oriente.

El unilateralismo bushista será víctima igualmente de contradicciones externas y estará limitado por las resistencias de las potencias tradicionales o emergentes. Un ejemplo de las primeras es el apoyo americano a Pakistán, desde donde grupos fundamentalistas islámicos hostigan a India. En cuanto a Rusia y China, sólo cabe esperar la defensa concertada de sus propios intereses nacionales y la reivindicación de un papel propio en un mundo multilateral. El apoyo que en momentos críticos puedan prestar al apurado "amigo americano" servirá para obtener dividendos y potenciar su papel ascendente en el futuro orden mundial.

La visita de Estado que el presidente chino, Hu Jintao, realizó en mayo a Moscú, la primera al exterior desde su elección en marzo, dejó ver la solidez de las coincidencias e intereses comunes de los dos países y la apuesta por el "mundo multipolar" y la diplomacia multilateral. Rusia y China concertaron en la ocasión la resistencia estratégica al hegemonismo dominante de Washington y reivindicaron la vigencia de un "nuevo orden mundial multipolar, estable y previsible". Proclamaron alto y claro que el nuevo orden "debe estar basado en la toma en consideración de todas las partes y construido sobre normas claras y comprensibles del derecho internacional".

Rusia considera que EE UU ha pretendido con su intervención en Irak extender su zona de influencia estratégica con el pretexto de la lucha contra el terrorismo y las armas de destrucción masiva. El 23 de mayo, sin mencionar expresamente el caso de Irak, Putin dijo en su mensaje anual al Parlamento ruso: "Ejércitos fuertes y entrenados son utilizados no para luchar contra esas amenazas, sino para aumentar la influencia estratégica". En el mismo discurso el presidente ruso anunció que el país pondría en marcha "una nueva generación de armamentos estratégicos".

Superada la vieja rivalidad ideológica y estratégica (que Kissinger utilizó como un factor de erosión de la URSS) , China y Rusia están definiendo rápidamente un sistema de relaciones bilaterales basadas en las complementariedades económicas y en la visión coincidente en cuanto al funcionamiento del orden internacional.

Aunque no lo exprese oficialmente, EE UU sabe que a medio plazo una China que crece al 7 % anual será todo un desafío al hegemonismo americano. Nadie ignora que el escudo antimisiles estadounidense no está destinado a conjurar la amenaza de los "Estados gamberros", sino a santificar a EE UU ante el desarrollo de las armas estratégicas chinas y la futura recuperación del potencial ruso.

El yuan está destinado a convertirse paulatinamente, a medida que se haga más convertible, en una moneda de reserva regional que fluctúe frente al dólar, el yen y el euro. Su capacidad de influir en el cambio del dólar es considerable. Hasta ahora la caída del dólar, al que está virtualmente vinculado el yuan por voluntad de las autoridades de Pekin, está ayudando a las expansión comercial china en detrimento de sus competidores asiáticos. Pero la debilidad del yuan es también un factor limitador de las ventajas comerciales que EE UU quiere extraer de la debilidad del dólar, por cuanto impide que mejore el déficit comercial americano con China, que fue en 2002 de 103.000 millones de dólares (de un total de 435.000 mdd). Apoyada en unas reservas de 300.000 mdd y en el crecimiento del comercio chino en Asia, la moneda china tiende a ejercer de herramienta estratégica para consolidar la influencia económica, comercial y financiera en la región. En suma, China se convertirá en pocos años en una potencia económica global con sus propios intereses diferenciados que sostener.

Por otra parte, están las nuevas potencias emergentes, como India, Brasil e Indonesia. Cabe esperar que en la medida de sus posibilidades apoyarán por propia conveniencia los factores de multilateralidad y de contención del hegemonismo americano.

En cuanto al brazo militar del unilateralismo, ¿puede ser la supremacía militar, por cuantitativa y cualitativa que haya llegado a ser en nuestros días, un factor determinante e irresistible para configurar y luego sostener un imperio global de forma estable?. Estoy convencido de que no, y de que la fe ciega de los endiosados neocon en el poder militar es un tremendo error, un espejismo -el espejismo militar- capaz de ocasionar desgracias al mundo y a los propios Estados Unidos, pero no de satisfacer sus desmesuradas aspiraciones. Como escribe Leon Hadar, investigador del Cato Institute, "probablemente la supremacía militar estadounidense no transformará a EE UU en un imperio. Los costes económicos, la oposición de la opinión pública y los potenciales desafíos planteados por otros actores planetarios se interpondrán en su camino".

Está extendida entre los comentaristas la idea de que hoy "Más que nunca anteriormente, una sola potencia es el amo militar del planeta". Según esto, y cito a uno de ellos, "ni la Roma imperial, ni la España de los Habsburgo, ni la Francia de Luis XIV o la Gran Bretaña de la reina Victoria fueron más fuertes que el resto del mundo, como lo es hoy Estados Unidos". Eso es indudable. Sin embargo, creo que la visión del poderío militar estadounidense como un hecho histórico nuevo determinante de una hegemonía absoluta y además irresistible no responde a la experiencia histórica ni a las realidades del mundo actual. Son el fruto de una fascinada admiración o de una resignada conformidad con el espejismo al que mucho contribuyen los medios de comunicación y la realidad virtual creada por el cine de Hollywood. Por el contrario, la fuerza militar es un factor que pondera mucho menos, en nuestro mundo globalizado, interdependiente y civilizado, que en otros momentos históricos, cuando los imperios se construían y sostenían con el uso inmoderado de aquélla.

El error principal es identificar hegemonía o supremacía con poder militar y considerar que la primera es consecuencia del segundo. Ciertamente, el poder militar de EE UU no tiene parangón en la historia y es superior al de la suma del resto del mundo. Pero es un poder limitado en sus posibilidades de ejer-

cicio por razones éticas, políticas y hasta militares. Se vio durante la guerra fría con la acumulación de poder nuclear y se ve ahora con el distinto tratamiento de las amenazas de Irak y Corea del Norte. Pero no se trata de que EE UU vaya a hacer la guerra al resto del mundo ni tampoco de construir escudos defensivos espaciales contra amenazas futuras. Por el contrario, el poder militar irresistible es políticamente resistible, está limitado en su ejercicio por fuertes condicionamientos externos e internos y gran parte de sus virtualidades son inoperantes frente al terrorismo moderno o las resistencias nacionalistas.

El terrorismo y la seguridad

En cuanto a la guerra contra el terrorismo, Bush ha prometido "conducir el mundo hasta la victoria" . Pero el presidente dejará un día la Casa Blanca y el terrorismo continuará. La razón es que la excesiva confianza puesta en una respuesta militar exterior resulta ilusoria al no tener en cuenta la complejidad del fenómeno a que se enfrenta. Y al no entender que vivimos sobre el volcán de la tremenda desigualdad entre naciones pobres y ricas, de las diferencias crecientes dentro de las sociedades desarrolladas y del rencor y frustración de las masas árabes.

La amenaza terrorista, la tremenda percepción del riesgo futuro y global por parte de Estados Unidos a partir del 11 S, no es irracional ni histórica. Una política que no la tuviera en cuenta sería irresponsable. Pero lo que sí es histórica es la forma de reaccionar. La respuesta civilizada y la única eficaz es analizar las causas profundas de este mal de nuestro tiempo y reconocer la necesidad de un esfuerzo diplomático y económico que acompañe la acción armada contra las bases del terrorismo. Por el contrario, hay que huir de la confusión entre Islam y fundamentalismo, entre islamismo y radicalismo. Considerar el terrorismo islamista como la consecuencia del choque de civilizaciones es una simplificación intelectual y política que demoniza a los musulmanes de todo el mundo y hace el juego a la propagación del fundamentalismo. (Cabe recordar que donde más estragos

y atrocidades ha cometido el terrorismo islamista es en un país musulmán, Argelia)

EE UU empieza a ser víctima de un "efecto dominó" de nuevo cuño. No creo que tuviera interés en ir a Afganistán a ocupar el lugar de los soviéticos, pero en la medida en que allí surgió una amenaza se sintió obligado a intervenir, y después no pudo salir. El caso de Irak es diferente porque hay por medio intereses geoestratégicos; no creo que el objetivo sea ocupar el país permanente, sino dejarlo en manos de un gobierno amigo y dependiente, pero una vez allí le será muy difícil dejarlo en manos seguras antes de salir. Sin embargo, muchos piensan en Washington que para asegurar Irak hará falta intervenir en Irán y en Siria. Y en la medida en que el terrorismo se convierte en un fenómeno global, la visión de este problema en términos militares fundamentalmente conduce a un rosario de intervenciones.

En tanto que el terrorismo tiene algunos de sus nutrientes en las opciones fundamentalistas en el seno de las sociedades del mundo árabe y musulmán, la actual política americana seguirá sintiéndose impelida a mantener y ampliar su presencia e influencia en la región. Pero ello nos sitúa ante un círculo vicioso : la lucha contra el terrorismo (que Bush considera un enemigo permanente) se ejecuta mediante políticas que alimentan su continuidad (por ejemplo, con la presencia del infiel en lugares sagrados), las cuales a su vez sirven de pretexto para la continuidad de la política interna y externa del bushismo. No hay que despreciar la inteligencia de los actuales dirigentes de Washington atribuyéndoles ignorancia al respecto. Más bien creo que responden a un frío cálculo. La cuestión es si la intencionalidad terminará siendo una preterintencionalidad, es decir el desencadenante de unos efectos no deseados. O de otro modo: si los ideólogos del "nuevo siglo americano" no han escogido una estrategia a la larga insostenible.

Olivier Roy ha explicado en "La Globalización del Islam" el fenómeno de una comunidad musulmana radicalizada y sin soporte estatal concreto, extraterritorial, diseminada hasta el punto de que muchos de sus grupos más virulentos han surgido en

Occidente. Es un movimiento que aprovecha las posibilidades de la globalización económica y financiera y de la libre circulación de personas y la inmigración. Es un movimiento apátrida y es, como explica Roy, "un síntoma y un agente de la globalización" Bin Laden y lo que representa significan un hostigamiento a EE UU y por extensión a Occidente, sus valores y su cultura, pero no son una verdadera amenaza estratégica. No podrá derribar el gobierno de EE UU ni abatir su sistema (aunque sí causar reacciones que alteren pautas de comportamiento), al igual que ETA no conseguirá jamás la independencia del País Vasco ni el independentismo checheno quebrará la voluntad rusa de combatirlo por cualquier medio. Pero la supervivencia del magma extremista islámico está asegurada si las acciones contra el terrorismo logran desencadenar un tipo de respuesta que amplíe por todo el mundo musulmán la base de sus partidarios.

El peso económico de la púrpura

La doctrina Bush no parece considerar las debilidades provenientes de sus costos económicos e incluso de las fragilidades del propio modelo económico y tecnológico. La América pujante de crecimientos económicos continuados y modelo capitalista indiscutible que surgió del fin de la guerra fría, dejó paso a la América de la burbuja tecnológica, de la corrupción empresarial y de los déficits fiscales galopantes. El apagón eléctrico del día 14 de agosto en el noreste de EE UU y el sureste de Canadá es indicativo de que la perversión del sistema de valores que soporta el modelo de crecimiento imperante genera debilidades y no necesita a los terroristas para autolesionarse. Estas también son amenazas para la seguridad y la prosperidad del pueblo americano, pero son relegadas frente a la prioridad absoluta de la respuesta militar contra el terrorismo.

En sus escritos sobre "La burbuja de la supremacía americana", George Soros critica ferozmente la falta de integridad de la política bushiana y el fundamentalismo del libre mercado y predice su fracaso total y dramático. Y en verdad que nadie ha hecho

más por debilitar la economía de EE UU que un grupo de des-
aprensivos empresarios, financieros y analistas.

No puedo ahora extenderme sobre este punto, pero sí hay que mencionar dos consecuencias de carácter económico de la política de la hegemonía mundial. Me refiero a la militarización de la economía y al peso económico insoportable de la púrpura imperial. En el primer aspecto cabe citar de pasada el aumento continuo de los gastos de defensa y su efecto sobre un déficit público que superará este año los 300.000 mdd, lo que causa ya la alarma incluso del FMI. En segundo término, el despliegue militar es cada vez más caro. La guerra de Irak ha costado 65.000 mdd y la ocupación requiere casi mil millones de dólares semanales. Razón suficiente para que se vean truncados los planes del Pentágono para atacar a Siria o Irán.

Necesidad de cooperación

El unilateralismo en sí mismo es un factor de debilidad de la doctrina Bush. Su ejercicio está conduciendo a EE UU a un aislamiento apenas oculto por el acompañamiento de unos dóciles aliados de oportunidad. La respuesta rencorosa contra los amigos y aliados resistentes a la deriva americana debilita el liderazgo propio. El historiador Gabriel Jackson escribió recientemente que no durará "mucho tiempo el estilo adoptado recientemente de arrogancia pura y dura". Entre otras razones porque, escribía, "para reducir los atentados terroristas y desmantelar las redes terroristas hará falta una cooperación objetiva, leal y sin arrogancias con la policía, las autoridades financieras, los departamentos de investigación y los líderes culturales y políticos de muchos países, incluidos Rusia, China, Japón y la `vieja` y la `nueva` Europa".

La cooperación multilateral es necesaria en Afganistán y en Cercano Oriente y lo es cada vez más en la posguerra iraquí. Lo mismo sucederá ante Corea del Norte, Irán, Siria, la lucha contra la pobreza y contra la proliferación nuclear o la forma de hacer más justa y viable la globalización. En todos los ámbitos de crisis actuales o futuras incumbirá a EE UU mayor o menor

grado de responsabilidad, pero en ningún caso podrá ejercerla en solitario.

Sin embargo, el unilateralismo de los neocon todavía es inasequible a la realidad.

La posguerra de Irak como factor de contención

La cuestión ahora es si lo que está sucediendo en Irak llegará a ser un factor de contención del unilateralismo americano. No dedicaré espacio a explicar por qué los principales argumentos esgrimidos por EE UU y Gran Bretaña para justificar la guerra de Irak se han demostrado falaces o no justificados. Como todos sabemos, el gobierno americano justificó la guerra principalmente en "razones de seguridad" y muy especialmente en la amenaza de las armas de destrucción masiva en poder de Sadam Husein y en las relaciones de éste con Al Qaeda.

Tampoco es necesario extenderse en la evidencia de que la guerra contra Irak estaba decidida mucho antes de que el Consejo de Seguridad enfrentara el debate sobre la necesidad de una segunda resolución que la legitimara.

Irak no fue invadido porque fuera una amenaza grave e inmediata ni porque tuviera ADM, sino precisamente porque era un objetivo capital del plan americano para remodelar la región y era alcanzable con bajo riesgo militar. "Esta guerra será corta, un abrir y cerrar de ojos", adelantaba Richar Perle.

Detrás de la guerra de Irak hay fundamentalmente razones ideológicas y estratégicas. La invasión debía representar el hito emblemático que señalase el nacimiento oficial de Estados Unidos como imperio mundial de pleno derecho, poseedor único de la responsabilidad y la autoridad como policía planetario.

Antes de la guerra de Irak había bastante consenso en que una contienda larga y costosa supondría para la administración Bush un tremendo desgaste que pondría en cuestión el conjunto de su política exterior, frenaría, si no daba al traste con ellos,

los planes imperiales y reconduciría los criterios con que debe desarrollarse la guerra contra el terrorismo. Pero esa hipótesis era ajena a la realidad, dado que, como era previsible, la guerra sería rápida, poco costosa en bajas americanas y relativamente contenida en sus efectos colaterales. En consecuencia, la doctrina bélica del Pentágono salió reforzada frente a la diplomacia del Departamento de Estado. Los problemas sobrevinieron después de cesar oficialmente las hostilidades.

El primero de mayo el presidente Bush, vestido de piloto militar, anunció desde la cubierta del portaaviones Abraham Lincoln el final de los combates en Irak, con el saldo de 138 soldados de EE UU muertos. "Misión cumplida", sentenció. El 26 de agosto el presidente pronunció una de sus típicas arengas político-castrenses, pero esta vez para pedir a la opinión pública "perseverancia, paciencia y voluntad". Ese mismo día, la macabra estadística superaba por un muerto, el número 139, las bajas mortales durante los combates. La comparación sirve para constatar que la estrategia americana en la posguerra supondrá un alto costo en vidas humanas, en recursos y en credibilidad de EE UU ante el mundo y de la administración actual ante su propia opinión pública.

El día 27 de agosto, el reverendo Jesse Jackson, el líder más carismático entre la comunidad afroamericana, declaraba: "la guerra de Irak es como Vietnam. No podemos quedarnos y no podemos salir". El responsable de la Autoridad Provisional de la Coalición, Paul Bremer, declaraba en "The Washington Post", el mismo día 27 de agosto, lo que pretendía ser una explicación de los problemas americanos en Irak pero implicaba en realidad el reconocimiento de un fracaso: "Irak se ha convertido en uno de los principales campos de batalla contra el terrorismo". El conocido como "virrey" americano se veía obligado a reconocer la necesidad urgente de "decenas de miles de mdd". Y ese mismo día 27, NYT dedicaba un crítico editorial a la política de Bush en Irak. "Una paz estable en Irak no se puede conseguir a bajo precio, ni con la ausencia de socios extranjeros. Con el número de muertos creciendo cada día que pasa, ha llegado el momento de que Bush deje de pretender lo contrario".

La guerra "barata" prevista por el secretario Rumsfeld ha dejado paso a una costosa "guerra de guerrillas" (general John Abizaid, jefe del Mando Central, 17 de julio 03) que pone al descubierto algunas de las fragilidades del unilateralismo y de la política

de seguridad americana. Rumsfeld calculó antes de la guerra que bastarían 30.000 soldados para mantener la paz en Irak y contaba con planes para la repatriación inmediata del grueso del contingente que hizo la guerra. Ahora hay 160.000 americanos y son insuficientes.

La mala gestión política de la posguerra

La situación que viene arrastrando Irak tiene su origen en los pecados originales contra la legalidad y la legitimidad que precedieron a la invasión anglo-americana. Pero aún siendo estos condicionantes de todo el proceso posterior, las causas principales de la crisis posbélica están en la mala gestión política y militar de la ocupación y del proceso de transición.

Debo confesar, por mi parte, que preveía complicaciones en la posguerra, pero no pude imaginar que los dirigentes de la potencia hegemónica, que llevaban tiempo preparando la transición en Irak, pudieran cometer tantos y tan graves errores desde los comienzos de la ocupación y echarse sobre sus espaldas tantas perniciosas consecuencias.

Me pregunto cómo ha sido posible todo ello y pienso que el origen de tanto desatino es la mentalidad misma del grupo neocon, su exceso de confianza, la anteposición de la fuerza a la política y a la diplomacia y el desprecio hacia todo lo que exceda las cuestiones de seguridad.

Los hombres de Bush creen en el poder y no tienen pudor en exhibirlo y utilizarlo. Pero más allá de disponer de una innegable capacidad militar destructora, la mentalidad ofensiva muestra una pasmosa inhabilidad para construir y consolidar situaciones alternativas de paz y estabilidad. En Afganistan e Irak

actuaron conforme a objetivos precisos -acabar con el régimen de los talibanes, perseguir a Bin Laden, derrocar a Sadam Husein...- , pero una vez alcanzado el objetivo bélico, la gestión política de las situaciones sucesivas se volvió imprecisa e ineficiente. La falta de planes idóneos para el post Sadam, el cúmulo de errores cometidos y los zizagueantes movimientos que siguieron a la victoria militar han sido la expresión de un ejercicio ambiguo y oscilante de la voluntad. Y ello es el reflejo de una limitación "constitucional" o consustancial de la actual política de poder americana, al menos en lo que conocemos hasta ahora: el énfasis en la destrucción del enemigo y el peso de la mentalidad belicista relegan la capacidad y la disposición a enfrentar políticamente las causas profundas de los conflictos y las complejas realidades sucesivas a los episodios bélicos.

Es como si los guerreros de Washington perdieran interés, después de cada victoria, salvo en lo que atañe a intereses políticos o económicos precisos. Afganistán ha sido un ejemplo e Irak va camino de serlo. Como lo viene siendo la ausencia de voluntad política de la hiperpotencia para inducir el final negociado del conflicto palestino-israelí. Todo ello nos lleva a presumir que la militarización de la política intrínseca al sistema de ideas bushiano produce una cierta esterilización de la política. Está claro que una vez conquistado Irak, el interés de Washington por construir la paz cedió terreno ante los siguientes objetivos de la guerra sin fin: Siria y, sobre todo, Irán. Y la doctrina Rumsfeld sobre ganar guerras con la aplastante combinación de capacidades tecnológicas se ve contrariada por las exigencias de una poco brillante y menos espectacular ocupación masiva del territorio conquistado.

El efecto sustancial de la mala gestión política de la posguerra es que EE UU está atrapado en Irak y se enfrenta allí a un grave problema de seguridad durante un periodo indefinido. Nadie en la administración Bush se atreve a poner plazo a la ocupación. Y nadie aventura menos de tres o cuatro años. El 19 de junio, Wolfowitz dijo ante un comité parlamentario que no podía "predecir cuanto tiempo nos vamos a quedar allí. Dependerá de las condiciones, no del calendario". No negó la posibilidad apunta-

da por algunos cálculos de congresistas que hablan de una década. Dos meses antes, el 21 de abril, Rumsfeld ratificó la posición que mantiene oficialmente: "Estaremos allí todo el tiempo necesario, ni un día más. Y cuando nos vayamos nos iremos del todo". EE UU, añadió, no dejará en Irak una presencia militar permanente y renunciará a contar con acceso a bases en su territorio". Pero esa es una afirmación que no tiene credibilidad política. El día antes de formularla, el 20 de abril, TNYT publicó que el Pentágono tiene el propósito de mantener permanentemente cuatro bases militares en Irak en lugares estratégicos, siguiendo la pauta de lo realizado en Afganistán. Una estará en el aeropuerto de Bagdad; otra en el sureste, cerca de Nasiriya, próxima a Irán y a los Estados del Golfo; la tercera al oeste, en el desierto, cerca de Jordania, de Siria y de los oleoductos; y la cuarta en Bashur, en la zona kurda. Esa presencia sería legalizada mediante un acuerdo con el futuro gobierno iraquí.

EE UU no saldrá de Irak mientras no se den un conjunto de condiciones. La primera es la securización plena, militar y política, del país y la formación y consolidación de un gobierno no islamista y sí proamericano. Esa "necesidad" es asimismo un motivo para continuar en Irak mientras no se produzcan las condiciones globales para la retirada. En primer lugar el cumplimiento de los objetivos estratégicos tras la guerra y la ocupación: la remodelación del conjunto del mundo árabe y la "pacificación" del conflicto con Israel de acuerdo con los objetivos del gobierno Sharon. Dicha remodelación incluye una "solución final" para Irán y para Siria y la "reconducción" de la Arabia Saudí wahabita.

En varias ocasiones, los portavoces estadounidenses han dejado claro que la creación de un régimen islámico en Irak sería rechazada por Washington aunque tuviese el apoyo de la mayoría de los iraquíes. Pero la política (o la falta de política) seguida por EE UU en Irak después de la guerra entorpece esa intención al hacer que las tropas de la coalición aparezcan como una fuerza de ocupación. El efecto político que todo ello causa es favorable al sentimiento antiamericano. Cualquier

gobierno que salga de las futuras elecciones, o habrá ganado por sus actitudes antiamericanas y de rechazo de la ocupación o será considerado como un gobierno títere. En ambos casos tendrá que legitimarse con el ejercicio de una política de defensa de los intereses iraquíes frente a los objetivos económicos y estratégicos asignados por EE UU a Irak.

La crisis iraquí está entrando pues en un círculo vicioso. La propia política americana está contribuyendo a generar las condiciones que propician la presencia militar indefinida. Es probable que con el tiempo se logre poner fin a la guerra de guerrillas, pero quedarán la inestabilidad política, los atentados terroristas esporádicos y la incertidumbre, y con todo ello la necesidad de presencia militar para tutelar la futura democracia iraquí. Puede que esto no preocupe a los "halcones" porque creen que proporciona el pretexto para permanecer en Irak y cumplir las siguientes fases del plan para la región. Pero es muy probable que el pueblo americano rechace las consecuencias de una política tan aventurada, por mucho que se la presente con la cansina repetición de que es "una batalla contra el terrorismo"

EE UU está fracasando por ahora y así seguirá siendo mientras no haya una rectificación profunda del proceso de transición de Irak, de su plan reordenador de la región y de su respaldo a la política de Sharon. Sergio Vieira de Mello le hizo una confidencia a Mario Vargas Llosa pocos días de antes de caer asesinado : "Mientras los iraquíes no tengan la impresión de que son ellos y no los americanos los que dirigen la democratización del país, ésta no saldrá adelante" Lamentablemente no podremos contar ya con la influencia positiva y racionalizadora que el experimentado representante de Kofi Annan ejercía sobre el virrey Bremer.

Powell dijo a los periodistas a mediados de abril: "Hemos tenido éxito en Irak y habrá una nueva dinámica en esa parte del mundo". Pero el significado ejemplarizante que, según Estados Unidos, la invasión de Irak debía suponer para el mundo entero, principalmente para el mundo musulmán, está teniendo el efecto demostrativo contrario al deseado. Y junto a ello, hay un conjunto de efectos negativos derivados de la guerra y la ocu-

pación, desde la creciente pérdida de credibilidad política y moral de los dirigentes actuales de la coalición al costo humano y económico pasando por el escaso éxito de Washington en la búsqueda de nuevos "voluntarios".

El 8 de agosto Bush dijo en rueda de prensa que "Irak es más seguro que antes" y "estamos progresando". Pero los hechos cuestionan el inquebrantable optimismo presidencial y los soldados de la coalición son atacados al menos diez veces al día. El movimiento de resistencia está formado por grupos muy diversos que actúan independientemente y que responden a motivaciones e impulsos diferentes. Están, desde luego, los militantes islamistas de otras nacionalidades, deseosos de causar el mayor daño a EE UU por cualquier medio y de impedir la reconstrucción del país con sabotajes. Están los grupos armados procedentes del baasismo. Pero también existen cada vez más iraquíes que se rebelan contra la ocupación. Y el comportamiento de los ocupantes sólo consigue echar leña al fuego. Hasta ahora los actos de resistencia han sido protagonizados generalmente por suníes, pero la mayoría chií, que mantiene una actitud más tranquila porque espera ganar las elecciones, se tornará una gravísima amenaza si, como todo parece confirmar, EE UU se niega a que sea el principal integrante del futuro poder en Irak. Como ha escrito Jessica Stern, profesora de Harvard y autora de "Terror en el nombre de Dios: por qué matan los militantes religiosos", "cada vez son más los iraquíes que creen que los ataques son obra de fuerzas organizadas que se alimentan del descontento, motivadas por el nacionalismo, el Islam y la venganza (...) Existe una relación entre los errores y fracasos de la ocupación y la escalada de la violencia antiamericana (...) Los iraquíes están furiosos por la manifiesta incompetencia estadounidense después de la guerra".

La relación del baasismo con Al Qaeda se está convirtiendo en una hipótesis autocumplida. No existía, el argumento era falso, pero la ocupación de Irak lo está haciendo realidad. Ahora, Irak sí se ha convertido en campo de operaciones para el terrorismo islámico y en un foco de atracción para radicales de todo el mundo musulmán. La dinámica que se ha creado es propicia a

los grupos y dirigentes radicales, tanto sunitas como chiíes, frente a los moderados. Ahora hay un enemigo común, y las ramificaciones de Al Qaeda se han reactivado. Un principio elemental de toda estrategia antiterroristas es aislar a los violentos, pero justamente es lo contrario de lo que hace EE UU en Irak con su manifiesta incompetencia y la exhibición como fuerza de ocupación cada día más recelada por la población civil.

¿Va a determinar todo ello que, como adelantan algunos analistas, Irak será la tumba del unilateralismo bushiano?. Hay que ser cautelosos al intentar responder a la pregunta. Por un lado es cierto que el "efecto posguerra" está siendo ya un factor de contención para el unilateralismo más radical. Pero por otro, no parece probable que los problemas de la posguerra iraquí vayan a cambiar la determinación de la doctrina Bush ni detener o alterar la decisión de remodelar el conjunto de la región. En los próximos meses se sucederán indicios en uno y otro sentido.

Perspectiva crucial

Dos años después del 11-S, los Estados Unidos se hallan inmersos en una deriva imperial y militar que llamamos dulcemente "unilateralismo". La guerra sin fin de Bush es, como ha apuntado Susan Sontag, "un concepto obsceno e inmoral". Sólo se explica por esa paranoia del poder engendrada por la mezcla de evangelismo ultraconservador, mesianismo imperial, egoísmo nacional y chovinismo.

"La elite dirigente americana —ha escrito el historiador Emmanuel Todd— tiene una visión deformada de la realidad y de las relaciones de fuerza, a lo que se añade la ideología ultraliberal, que es en EE UU una fe religiosa que impide cuestionar su organización. Pero detrás de la febrilidad americana hay además una dimensión de pánico irracional, de huida hacia la irracionalidad..."

La América de Bush aparece replegada sobre los valores más conservadores de su personalidad colectiva. Dominada por una

ideología simplista y elemental, pero con coherencia interna; se trata de una visión maniquea carente de sutileza, pero con enorme capacidad de penetración en mentes a las que el miedo hace receptivas a la propaganda y la manipulación.

La existencia de una verdad oficial se convierte en la única realidad, por encima de la verosimilitud, de la lógica y de la razón. Por consiguiente, oponerse a ella sólo podría ser entendida como alucinación personal o maldad antipatriótica. Una vez establecida la visión fundamentalista de lo bueno y lo malo, toda inflexibilidad contra el Mal es aceptada como un corolario no sólo lícito sino necesario, y toda aplicación flexible por parte del líder (por ejemplo, frente a Corea del Norte o frente a los amigos poco escrupulosos democráticamente) será valorada como una muestra de prudencia y generosidad. Esta concatenación de dogmas y certezas excluye la autocrítica y condena la crítica externa, anatematizada como espuria cómplice de los enemigos.

Más pronto que tarde, EE UU tendrá que enfrentarse a una evidencia que choca frontalmente con la dogmática convertida en realidad oficial: que no pueden resolver solos los problemas del mundo y ni siquiera lograr en solitario un Irak democrático, independiente y estable que realmente irradie ejemplo al conjunto del mundo árabe. Esa constatación supondrá un momento, o un proceso, que en cierto modo ha comenzado ya, muy delicado y que suscitará un tenso debate interno en EE UU.

Ello nos sitúa ante una encrucijada histórica. Personalmente confío en que la política exterior americana se encaminará, no sin altibajos, hacia un unilateralismo más flexible y realista. Desde luego ese sería el camino más seguro si hubiese un cambio en la presidencia en 2004, pero incluso un segundo mandato de Bush podría tener un signo más moderado (como sucedió con Reagan) a causa de las dificultades económicas internas, de la onerosidad del plan imperial y del aumento de la contestación interna. En los tres ámbitos Bush está percibiendo ya las consecuencias de ceder demasiado poder en manos de los colaboradores más radicales y aventurados.

No es que se vaya a producir una reacción aislacionista, sino que habrá un mayor peso de los conservadores tradicionales, más pragmáticos, y del intervencionismo más liberal de sectores demócratas. EE UU no renunciará al ejercicio de su poder conforme a sus intereses económicos y geoestratégicos, pero usará más la persuasión y la colaboración con los aliados y controlará más los impulsos aventureros.

A la paz y la estabilidad mundiales no le interesan unos EE UU bajo el síndrome de un mundo exterior hostil ni que el desenlace de la crisis que se avecina sea una reacción aislacionista de la sociedad americana. Interesan unos Estados Unidos que lideren un mundo regido por la legalidad internacional y la cooperación frente a las amenazas. La prudencia aconseja ayudar a EE UU al reencuentro con la comunidad internacional, si los rencorosos y arrogantes Rumsfelds lo permiten. Francia, Alemania y otros países pueden aportar, si les dejan, la experiencia y la visión más completa de cómo reconstruir un país destruido.

En todo caso, cualquiera que sea la evolución mundial a partir de ahora, la perspectiva es inquietante. Lo es si el unilateralismo estadounidense se retroalimenta con una espiral de éxitos militares y de nuevas amenazas a batir. Pero también existen grandes riesgos en el escenario de una América empantanada en su propia dinámica agresiva, debilitada material y moralmente por ésta causa y tentada de emprender una fuga hacia adelante, con una Europa ampliada y dividida a favor y en contra de EE UU, sin discurso colectivo propio, y una ONU convertida en expresión de una comunidad internacional impotente.

No podemos ignorar los riesgos enormes que supondrán en el inmediato futuro no sólo, por supuesto, un afianzamiento del unilateralismo, sino también la manifestación de limitaciones que lo lleven al fracaso. Una América que se sienta incomprendida y hostigada, regida por unos dirigentes aventureros e imprudentes, es una América peligrosa. La posibilidad de una deriva radical, mesiánica y agresiva está abierta para una sociedad en la que los contrapesos institucionales y sociales tradicionales de la sociedad política americana, tan admirables, se

hallan obnubilados por la ola patrioterica en beneficio de una presidencia imperial. Si el terrorismo repite sus "hazañas" en territorio de EE UU, la dialéctica del terror y el contraterror puede tener su continuidad garantizada.

Todo ello lleva a una conclusión: la única instancia más fuerte que el Gobierno de los Estados Unidos, el único factor de contención decisivo de una política arbitrista, es la propia sociedad americana. Confío en que tengan razón Pierre Hassner y Justin Vaïsse cuando reparan en que existen en EE UU una "mentalidad y unas instituciones que no están hechas para este rol imperial". Es una cuestión crucial, en efecto, la disposición social y la idoneidad institucional de EE UU para seguir o no a sus actuales dirigentes en su mesiánica y desmesurada aventura neoimperial. Esa va a ser la gran cuestión de la que dependerá el futuro del mundo. Tengamos por cierto que no serán las críticas y dificultades exteriores las que frenen el unilateralismo exacerbado, que probablemente tenderá a elevar el nivel de agresividad de la respuesta, sino la reacción social contraria que aquéllas puedan producir dentro de Estados Unidos.

Es en la respuesta interna en lo que radican principalmente las esperanzas de que surjan una doctrina alternativa a la visión del mundo sostenida por la administración Bush, y otra perspectiva del liderazgo americano y de la búsqueda de la seguridad nacional diferente a la teoría de la "guerra sin fin".



Guillermo Medina

Periodista, Consultor en planes y estrategias de comunicación empresarial y analista de política económica.

Guillermo Medina es periodista y nació en Sevilla en 1941. Redactor Jefe de la Agencia Latinoamericana Inter Press Service en Roma (1964) y en Santiago de Chile (1965-1967) ha sido desde enero de 1968 a junio de 1977, redactor Jefe del diario "Informaciones" de Madrid. Como tal dirigió el Suplemento Semanal "Informaciones Políticas" y fue responsable de las páginas editoriales y de opinión y del Servicio de Documentación. Director, entre Septiembre de 1976 y junio de 1977, del Diario Regional "Informaciones de Andalucía", desde septiembre de 1977 a Marzo 1979 fue secretario general de Información de UCD y miembro de su Comité Ejecutivo Nacional.

De marzo de 1979 a septiembre de 1982 fue diputado al Congreso por Sevilla y desempeñó la Vicepresidencia de la Comisión de Cultura y Comunicación. Ha ejercido como portavoz de UCD en la Comisión de Defensa del Congreso y, posteriormente, como Presidente de la misma. Durante 1984 y 1985 fue director del Diario "YA".

Entre diciembre de 1990 y octubre 1996 fue subdirector General de Comunicación y Relaciones Corporativas de Telefónica. Como tal dirige las áreas de Prensa, Publicidad, Publicaciones, Relaciones Públicas e Institucionales y Servicios de Comunicación. Ha sido vocal del Consejo de Administración de RTVE (1983-85) y Consejero de la Sociedad Española de Radiodifusión (1980-82), de la Agencia EFE (1991-97), de SOFRES (1991-95) y de Telefónica Multimedia (1992-96).

Desde enero de 1997 trabaja como consultor independiente en planes y estrategias de comunicación empresarial y es analista de política y economía de América Latina.

